

Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo Homilía

Lecturas: Éxodo 24, 3-8; Salmo 115, 12-13.15-18; Hebreos 9, 11-15; Marcos 14, 12-16. 22-26

«¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la comida pascual?». Así le preguntaban los discípulos al Maestro, que conocían su observancia ritual de la Pascua, tantas veces celebrada en el seno de su familia en Nazaret. Ahora, Él desea ardientemente la compañía de sus amigos. La pregunta parece no haber comprendido que con aquella cena se iniciaba la hora en que debía pasar de este mundo al Padre.

Previamente el Señor había recibido un mensaje que lo confirmaba en su misión. En efecto, un acontecimiento precedió a aquel momento. El mismo evangelista Marcos nos narra que Jesús había entrado en la casa de un leproso llamado Simón (cfr. 14,3 ss.). Conocemos cómo el Señor, superando toda barrera de prejuicios, se había acercado a ellos curando a muchos. De pronto una mujer, cuyo nombre quedó en la sombra, derramó un frasco de perfume de nardo sobre la cabeza de Jesús: seguramente, aquel bálsamo recorrió su rostro, empapó su barba y se deslizó sobre su manto, como aquella primera unción sacerdotal de la que nos habla el Salmo 133: «... como el óleo perfumado sobre la cabeza que desciende sobre la barba –la barba de Aarón–, hasta el borde de sus vestiduras». Aquello fue figura de lo que debía acontecer en los días de su Pasión, y por eso se entiende que Jesús rechazó la crítica que le hizo su apóstol Judas, quien, al poco tiempo tramaba su entrega (*Mc* 14, 10-11). Lo que la mujer anónima realizó vino a confirmar las profecías sobre el Ungido del Señor; al mismo tiempo, era un presagio próximo de su muerte. El Señor tenía conciencia plena de ser el Mesías, el Señor de la Vida. Él sabía «que el Padre había puesto todo en sus manos y que Él había venido de Dios y volvía a Dios» (*Jn* 13,3): cargaba sobre sus hombros los destinos de la humanidad, y por amor, no dudó en entregarse libremente al sacrificio. En ese contexto el Maestro celebró la Última Cena y la primera Eucaristía.

Los discípulos se disponían a llevar a cabo un antiguo rito, donde todo estaba previsto: lo que se debía decir y cantar, los gestos y oraciones que se tenían que observar, el orden de la ceremonia y a quién le correspondía intervenir. Lo que los apóstoles ignoraban era que algo imprevisible y grandioso iba a acontecer. Jesús tomó un pan ordinario, lo partió diciendo: «Tomen, esto es mi cuerpo» y se los dio a comer. El asombro llegó al límite cuando tomó la copa con vino y lo dio a beber a sus discípulos diciendo: «Tomen y beban, esta es mi sangre, sangre de la Alianza derramada por todos». Con estas sencillas palabras anticipaba el derramamiento de su sangre en la Cruz y sellaba una nueva y definitiva Alianza de amistad y filiación entre Dios Padre y los hombres, para que «los que son llamados reciban la herencia eterna que ha sido prometida» (*Hb* 9,15). Por la Alianza de su sangre, Cristo lleva a la plenitud la obra de su Padre Dios y aunque los discípulos no lo perciben, el Maestro sentado a la mesa no está solo, pues fue «en virtud del Espíritu eterno que se ofreció sin mancha a Dios» (*Hb* 9,14). Así liberados de las obras que nos llevan a la muerte, ahora podemos alabar al Dios que nos da su Vida a todos. Sí, la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo es una

muestra más de la cercanía del Dios Trino, quien no se resignó nunca a perder lo que había de semejanza divina en su creatura, y nos dio para comer y beber el alimento del peregrino, el que nos renueva su amistad, donde nos reconocemos como un cuerpo y siempre nos abre el camino a la eternidad; y por eso, cada vez que la familia de Jesús se reúne entorno a la Eucaristía, renovamos la alegría del encuentro con el Resucitado, y alimentamos la esperanza de beber el vino nuevo, sentados a la mesa con Él en el Reino de Dios.

Todo lo que sucedió en aquella velada nos hace pensar y agradecer el sublime sacrificio de amor cuando Cristo ofreció su cuerpo y su sangre en la Cruz por nuestra salvación. Permítanme compartirles un recuerdo: un joven, meditando ante la cruz de su cuarto, convencido de que Jesús había muerto también por él, se decidió y cambió el tradicional cartel que mandó poner Pilato sobre la Cruz, por estas palabras de Jesús: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (*Jn 15,13*).

Diariamente la Iglesia nos ofrece su Cuerpo y su Sangre, pero sabemos que no somos dignos de recibirlo, aunque nos consuela que el mismo Jesús nos haya dicho: «No son los sanos que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan» (*Lc 5,31*). Y el Papa Francisco nos enseñó que «la Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles»¹.

Señor Jesús: Tu Cuerpo y Sangre contienen la Vida divina y la concedes a manos llenas a tus hijos peregrinos; sabemos que «bajo los signos del pan y del vino, se esconden preciosas realidades»² y no dudamos de que son el triunfo de la vida sobre todos los proyectos de muerte. Y a pesar de todo sigues recreando tu imagen y semejanza en cada persona que viene a este mundo para compartir la fiesta de la vida, la que Tú has querido elevar a la condición divina.

Tú sabes bien que tu Iglesia defiende la vida concebida desde el primer instante sagrado, la defiende durante su existencia ante todos los peligros que la denigran y humillan, la cuida agradecida en cada anciano y está presente hasta la pascua de cada uno de tus hijos.

Sabes que en la Argentina, en estos días, se intenta legislar sobre los inocentes no nacidos. Nuestros argumentos de razón y los del sentido común, que fueron orgullo de nuestra Nación y letra inspirada y sabia de nuestra Constitución, parecen no ser suficientes para definir el carácter sagrado del don de la vida. Pero confiamos en la razón más poderosa que tenemos los cristianos, y eres Tú, Señor de la Vida, porque Tú nos compraste con tu Sangre derramada y tu Cuerpo partido para nuestra liberación. Te necesitamos en esta hora de la Patria para que infundas en nuestros legisladoras la luz necesaria para que apuesten por los derechos de los que no tienen voz, pero que viven y son personas desde el primer momento de la concepción. Ellos son los más vulnerados hoy; pero también queremos la vida de sus madres, para que ante la encrucijada de una falsa opción, siempre nos inclinemos por salvar a los dos.

¹ Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 47.

² Secuencia de la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo.

¡Señor Eucaristía, Tú que en cada comunión renuevas nuestra vida, te necesitamos!

✠Mario Aurelio Cardenal Poli